

PLAN NACIONAL  
DEL LIBRO Y LA LECTURA  
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE  
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica  
Octavo grado  
Ciencias Naturales



PLAN NACIONAL  
DEL LIBRO Y LA LECTURA  
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE  
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica  
Octavo grado  
Ciencias Naturales

## El origen del monte Yana Urcu

### Tradición oral

Se dice que en tiempos muy lejanos, junto al cerro hoy conocido con el nombre de Cotacachi, había una llanura que constituía una enorme hacienda. Se dice que tenía vacas lecheras, cerdos, ovejas y toda clase de animales de los cuales se pudiera tener necesidad.

En medio de la hacienda había un corral de ganado y, en medio de este, una pequeña piedra que apenas asomaba sobre la tierra, y que con el paso de los días crecía cada vez más.

Cuando el señor de las tierras notó que había adquirido un tamaño considerable, ordenó que la quitaran de allí. Sin embargo, la piedra estaba ya tan enraizada que fue imposible desalojarla.

Los días pasaron y el tamaño de la piedra seguía en aumento, y poco a poco iba apoderándose del corral. Ante el asombro del señor, la piedra aumentaba de tamaño, lo que le hacía vivir en continua zozobra.

En los días y en las noches siguientes, la piedra continuó creciendo e impidió que el ganado continuara en el corral. El hacendado, al mirar esto, preparó otro corral, y también mudó su casa, dejando crecer tranquilamente a la piedra.

Ahora a esta piedra se la conoce con el nombre de Yana Urcu.

# Guásinton

(Historia de un lagarto montubio)

José de la Cuadra

Yo he encontrado a los lagarteros, esto es, a los cazadores de lagartos, en los sitios más diversos e inesperados. Me topé con ellos cierta vez cuando hacía a caballo el cruce de Garaycoa a Yaguachi. Estaban dos entonces. El uno era cojo; el otro cazador, mucho más joven parecía su hijo o su sobrino. Tenía con el baldado ese inconfundible aire de familia. Era mozo fuerte, tórax ancho y recia complexión.

Cuando los cazadores pasaron camino adelante, pregunté a mi compañero de viaje:

—¿Cómo se llama el viejo?

—Celestino Rosado —me respondió; ¿no ha oído hablar de él?

—No. ¿Quién es?

—Pues... Celestino Rosado... Me creo que es el de los lados de Balzar o del Congo.

—Este fue uno de los que mató a Guásinton.

—¿A Guásinton? ¿Y quién era Guásinton...?

—Guásinton era, pues, Guásinton... Un lagarto asisote...

—¡Grandísimo!

Y esta fue la primera vez en mi vida que oí hablar de Guásinton. No sabía bien, todavía, quién eras tú, Guásinton, lagarto cebado...

Recuerdo que otra vez me encontré con los cazadores de lagartos en Samborondón, entre ellos, don Macario Arriaga, gamonal montubio, personaje de edad y de letras y según me enteré muy luego fue otro de los que mató a Guásinton.

Sí; ya lo sabía yo de tiempos; Guásinton era un gigantesco lagarto cebado, cuyo centro de fechorías era el río Babahoyo, desde los bajos de Samborondón hasta las reservas del puertecillo Alfaro, al frente mismo de Guayaquil.

Don Macario Arriaga me refirió cómo Guásinton quedó manco.

Fue una vez que Guásinton venía río abajo, con su novia sobre una palizada. Un vapor de ruedas (creo que fue "Sangay", sí, fue el "Sangay") chocó con la palizada. Guásinton se enfureció y partió contra el barco. Claro, una de las ruedas le arrastró en su remolino,

y no sé cómo no lo destrozó: pero la punta de un aspa le cortó la mano derecha. Intentó chocar de nuevo; pero el piloto desvió hábilmente el “Sangay” sobre su banda, y lo evitó.

Quienes presenciaron la escena dicen que fue algo extrañamente emocionante. Nadie en el barco se atrevió a disparar sobre Guásinton sus armas, y fíjese que pudieron haberlo matado ahí, sin esfuerzo, a dos metros de él; pero la bravura del animal los paralizó, porque nada hay que conmueva tanto, señor, como el arrojito. Dejaron nomás escapar a Guásinton, quien fue a juntarse con su hembra en la palizada.

Se aproximaron a nosotros dos individuos que no había visto antes. Don Macario me los presentó:

—Jerónimo Pita... Sebastián Vizuite... El señor... Y vea, señor, la casualidad: estos también estuvieron en la cacería de Guásinton, cuando lo acabamos... con Celestino Rosado, con Manuelón Torres, con... Éramos catorce, ¿sabe?, la partida. Y anduvimos con suerte: solo hubo un muerto y un herido. Nada más. Anduvimos con suerte, de veras.

Pita y Vizuite eran cazadores profesionales de lagartos. Para ellos, la verde fiera de los ríos, el lagarto de las calientes aguas tropicales, no era vulgar pieza de caza, sino un enemigo, a pesar de su fama de torpe, en realidad astuto y, además, valiente.

Pita y Vizuite, corroborados en ocasiones por don Macario, relataron esas hazañas sueltas de aquel héroe fluvial, a quien alguno, se ignora cuándo y por qué, bautizó con el nombre amontubiado de Guásinton.

Este gigante verde y oscuro acorazado como un barco de batalla o como un caballero medieval, medía diez varas de punta de trompa a punta de cola...

Tomado de De la Cuadra, J. (1995). *Guásinton (Historia de un lagarto montubio)*. Riobamba: Publicaciones Educativas “EDIPCENTRO”.

**José de la Cuadra** (1903-1941). Escritor ecuatoriano. Podría considerarse como el mejor exponente del realismo mágico del Ecuador, y el primero de Latinoamérica, en especial por sus obras sobre la vida del campesino costeño.

# Un cuento que no es cuento

María Teresa Di Dio

Un día despertó y lo que conocía de su entorno ya no estaba. La gran arboleda de altos y majestuosos ejemplares había sido talada para su posterior venta. El arroyuelo que cruzaba la ciudad, al que antaño concurrían las familias con sus niños a bañarse y sentarse al sol, ahora era un cauce lleno de basura y plásticos. Al mar que bañaba las costas de la bahía, hacía muchos años que nadie podía acercarse. Sus playas estaban contaminadas con petróleo, desechos químicos y basura.

Los cangrejales con sus tierras arcillosas habían sido las delicias de los alfareros; en el presente, contenían gran cantidad de metales pesados, y el agua que yacía en el subsuelo y de la que se habían abastecido muchas familias de la ciudad, salía a altas temperaturas. Los ríos se contaminaron con los desechos de fábricas y petroquímicas... El calentamiento global es un mito... dicen los que no salen de sus palacios refrigerados o calefaccionados, según la estación.

No le vio solución, los personajes siniestros con sus guerras, hambrunas, contaminación... no daban tregua.

Debería volver a dormir... pensó ¿Qué será de las futuras generaciones? ¿Serán tan inconscientes como nosotros?  
¡Por eso se durmió deseando despertar en mil años!

Tomado de <https://goo.gl/eVbiw1> (19/03/2018)

**María Teresa Di Dio** (1954). Escritora argentina ganadora del Premio Hans Christian Andersen en 2012. Es además artista plástica y Embajadora Universal por la Paz en Argentina y UHE.

## El último día que llovió

Lucrecia Maldonado

Algunas personas todavía lo recuerdan. Entonces aún era el tiempo de la esperanza, o eso se creía, aunque cada vez las nubes se veían más ralas y esporádicas en un cielo amarillento y desvaído. Algunos animales, los más viejos, ya habían comenzado a resignarse a su suerte, y se iban tumbando bajo los cactus y los árboles calcinados que aún se sostenían sobre el suelo resquebrajado.

En aquel entonces, tampoco se recordaba la última vez que había llovido. Lo que sí sabían era que el tiempo se medía en meses, por lo menos. Algunos niños pequeños no entendían las palabras relacionadas con lluvia: tal vez nube sí, porque de vez en cuando una especie de resto de algodón deshilachado transitaba por el cielo; pero nada de nubarrón, ni de llovizna, peor de chubasco o aguacero. Esas eran cosas que pertenecían al pasado, a un remoto tiempo en donde ocurrían hechos más allá de lo normal, como la aparición de duendes que ayudaban a encontrar objetos perdidos, o de hadas que cumplían deseos, cualquier clase de deseo, menos que lloviera.

Se sabía que en otras partes la falta de lluvia había hecho que la gente se volviera agresiva. Eso contaban los viajeros: había quien mataba por un poco de agua encontrada en el fondo de un pozo, quien chantajeaba con goteros a madres desesperadas, y aun quien vendía su llanto o su sudor.

Sin embargo, entre nosotros la falta de agua ha degenerado en apatía: esto de acomodarse a la sombra de los cactus gigantes que comenzaron a proliferar aquí y allá, chupando con sus raíces el agua subterránea. Pero ojo, estaba más que prohibido atacar los cactus para obtener el líquido de sus ramas, eso solo se podía hacer en caso de extrema emergencia, si se quería conservar la vida, aunque había quien, en su desesperación, había llegado a morir acribillado por acercarse provisto de una hoz a un cactus en la oscuridad de la noche. E incluso las autoridades más severas llegaron a rodear los cactus con cercas electrificadas que solo se podían desactivar por los servicios de primeros auxilios urgentes y por nadie más.



La gente más anciana relataba historias de cuando en tu propia casa girabas una llave y caía agua de un tubo. De cómo las ciudades se adornaban con grandes fuentes en donde el agua fluía incesantemente solo para el deleite de los transeúntes. Hablaban de cómo el agua de los ríos y cascadas producía energía eléctrica y movía molinos y otro tipo de maquinarias. Ahora sabemos que esas cosas aún ocurren, pero demasiado lejos de aquí como para que se puedan ver. Son unos pocos los que gozan de esos privilegios y sus mansiones se encuentran fuertemente vigiladas por guardianes armados hasta los dientes y perros asesinos que huelen la sedienta presencia a kilómetros de distancia.

Pero algunas personas todavía recuerdan con nostalgia el último día de lluvia que se ha conocido: nadie puede explicar bien cómo en medio de la desolación de la sequía, entre esqueletos de animales, plantas raquílicas y niños polvorientos que poco a poco iban decayendo a causa de la sed, las hilachas que eventualmente paseaban por el cielo comenzaron a amontonarse. Los más viejos no quisieron tentar ningún tipo de esperanza y repitieron que, como ya había ocurrido muchas otras veces, era solo un engaño de la naturaleza, el agua residual que después se dispersaba en el aire y venía en forma de rocío a la madrugada. Y les creímos.

Es mejor no tener ilusiones. Después de todo, fuimos aprendiendo ya a vivir así: a recoger las gotas acumuladas en el cáliz de una flor de cactus y cuidarlas como un tesoro. No importa que tengamos la lengua cubierta de tierra, la piel costrosa y descamada, el cabello grasiento y reseco a un tiempo: el agua es un bien precioso, se guarda solo para tomar un sorbito leve cuando la sed atenaza, para dárselo a los niños o a los más viejos si es el caso. Las gotas que produce el cuerpo, como sudor, lágrimas e incluso orina también se han convertido en bienes de valor incalculable, y mucha gente recoge, sobre todo sus lágrimas, aun en medio de la perturbación del llanto, para conservarlas y utilizarlas en caso de emergencia. Pero de un tiempo a esta parte vamos descubriendo que al llorar nos salen menos lágrimas y nos preguntamos si algún rato ellas también se acabarán.

El último día que llovió dicen que todavía quedaban por ahí uno que otro perro, de esos que lustros antes se llamaban falderos y que quién sabe cuándo se les podía bañar cada quince días. En aquel entonces ya se veían desharrapados y cubiertos de sarnas y

costras que se rascaban en medio de las calles polvorientas de lo que antes fuera una bella ciudad con canales y fuentes. Cuentan que las nubes se fueron amontonando, parsimoniosamente, durante ocho, diez días, hasta que el sol quedó totalmente cubierto.

Dicen que una luz alargada las rasgó como una rajadura incandescente, que en seguida se escuchó el retumbar del cielo, y otra vez, y otra, y otra más, y que nadie pudo creer cuando las primeras gotas empezaron a cubrir el suelo de circulitos oscuros.

Dicen que los ancianos lloraron de alivio y de nostalgia. Las madres y la gente práctica sacaron recipientes para recoger la mayor cantidad posible de agua, y dicen que los niños más pequeños al principio tuvieron miedo, pero los más grandecitos y los adolescentes salieron a recoger la lluvia en las manos y a danzar, abrazarse y besarse en medio del agua que venía del cielo durante el medio día que duró el aguacero, y después hasta los bebés se quedaron chapoteando en los charcos fangosos mientras se pudo. En ese breve tiempo, dicen, todos fueron muy felices.

Pero se terminó. Aunque mucha gente aún lo relata, nadie puede dar una fecha, un día de la semana, una hora exacta. Algunos ni siquiera saben si fue de día o de noche, y se mezclan las anécdotas sobre la luz de las estrellas apareciendo poco a poco en medio de las nubes que se iban desgastando con el paso de la lluvia con las anécdotas de cómo finalmente regresaron la luz y el calor y el eterno verano infernal sin solución hasta el día de hoy.

Dicen que en otras partes, allá, lejos, los científicos ya están buscando maneras de hacer llover de nuevo; pero dicen también que venden caro sus secretos, como lo hicieron desde siempre con sus medicinas y sus descubrimientos de toda clase.

Hoy por hoy, desde aquí no se ve más que el cielo amarillento, con un gigantesco sol inmisericorde que se enciende desde muy temprano y ya no se va nunca. Aunque dicen también que así fue hace mucho tiempo atrás, tan solo unas pocas semanas, unos pocos días, quizá dos o tres horas antes de la última vez que llovió.

Tomado de <https://goo.gl/FPDtZJ> (05/03/2018)

**Lucrecia Maldonado** (1962). Escritora ecuatoriana de cuentos y novelas de ficción, además de libros de ensayo y poesía. Ha ganado el Premio Aurelio Espinosa Pólit.

## El zoo

Alberto Zarza

—¡Por este aparato no logro ver nada, hijo! —dijo la señora con desaliento.

—Aguarda un momento, te voy a explicar —le contestó el joven con una mueca de infinita paciencia. Primero hay que colocar una ficha por esta ranura, ¿ves? —dijo señalando con su índice una pequeña incisión en la parte superior del reluciente aparato. Al lado de la misma, una pequeña luz roja titilaba. Un zumbido acompañó la operación del joven, y poco después una luz verde ocupó el lugar de la intermitente.

—Bien —dijo el muchacho con satisfacción. En su rostro podía advertirse una cierta ansiedad. Ahora solo resta enfocar el lente hacia el objetivo, hasta la zona que uno quiere ver, y después, muuuy despacito —dijo acompañando su explicación con ademanes, para que su madre comprendiera mejor—, lo vas regulando hasta poder distinguir con claridad las imágenes, ¿me entendés? Ahí está, perfecto, ¡perfecto! —repitió el muchacho. ¡Qué buena imagen tenemos! Y creo que tenemos mucha suerte. Parece que están todos afuera —dijo, emocionado. Haz el favor de mirar, mami —dijo invitándola a observar por el aparato.

—Parece que están de fiesta —dijo ella. Estos seres diminutos sí que saben moverse, no como tu padre, que para el baile es todo un patadura.

—Mejor que no te escuche, mami. Él siempre se creyó un gran bailarín —dijo el joven, riéndose a más no poder.

—Es el único que se lo cree, te lo aseguro. Oye, ¿puedo agrandar un poco más la imagen? Son tan chiquitos.

—No, mamá, tienen un tamaño parecido al nuestro. Un poco más bajos, tal vez. Lo que ocurre es que nosotros los observamos a gran distancia, para que no sepan que estamos aquí. Sería catastrófico si se dieran cuenta. Son bastante inteligentes y cambiarían sus costumbres. Se esconderían, por ejemplo, y entonces —dijo, haciendo una pausa para tomar aire—, ¡adiós a la diversión!

—Bueno, me gustaría observarlos más de cerca para saber, por ejemplo, lo que tienen servido en esas mesas tan largas. ¿De qué se alimentarán?

—Pero claro, mamá. Estos aparatos son lo último y agrandan hasta un millón de veces. Solo tienes que regular el zoom con esa perilla que tienes al lado.

—Ahora sí —dijo la mamá con entusiasmo. ¡Cuántas cosas tienen en la mesa! A ver qué es lo que comen —dijo con evidente curiosidad. De repente, el rostro de la mujer empezó a tornarse pálido, y una mueca de profundo asco se delineó en la comisura de su boca. ¡Horror, horror! No puedo creer lo que he visto —dijo abandonando el puesto de observación con un gesto enérgico. ¿Es posible que mis ojos me hayan engañado? —dijo, volviendo a tomar el aparato en sus manos, con evidente intención de reanudar lo que estaba haciendo. Mas un gesto del joven hubo de impedirlo. —Te pido disculpas, mami. No pensé que iba a hacerte tanto mal. Papá me recomendó antes de salir que te advirtiera, si teníamos la ocurrencia de venir a este sector. La verdad que haber viajado tanto y no ver una de las principales atracciones me pareció algo tonto. Nunca creí que podría afectarte de esta forma.

—No te preocupes, hijo. Ya me está volviendo el aire —suspiró la madre, con evidentes signos de sentirse mejor. Ahora, yo te pregunto, lo que vi... —dijo sin terminar la frase.

—Sí, mamá, justamente los estuve estudiando en la escuela. En su hábitat natural son muy belicosos, y siempre se están matando entre ellos, aunque son muy prolíficos, y por eso la especie no corre peligro de extinción. Ahora, en cautiverio son bastante pacíficos y agradables, aunque, para asombro de algunos científicos, parecen haber desarrollado extrañas costumbres, como la antropofagia, por ejemplo —dijo, mirando con el rabillo del ojo a su madre para ver si la había impresionado con el uso de una palabra tan difícil—, que consiste en comerse a los de su misma especie. De todas formas, no sucede todos los días. Algunos estudiosos han llegado a opinar que puede tratarse de algo ceremonial.

—Se estaban comiendo a sus hijos... —dijo asustada la madre, sin poder terminar la frase y con evidentes signos de volverse a descomponer.

—Bueno, ya basta, mami —dijo con ternura el joven. Me estoy empezando a arrepentir de haberte pedido que viniéramos. Pero, aunque no lo creas, esas actitudes los convirtieron en la principal atracción, mucho más inclusive, que los Mastodontes de Murano, que no es poco. La profe de biología tiene una hermana que trabaja aquí, en las oficinas, y nos contó durante la clase que los administradores estuvieron a punto de cerrar este espacio. Parece que en los últimos tiempos las hembras desarrollaron algún tipo de enfermedad, y no pueden procrear, de manera que se estaban quedando sin especie, si a ello tenés que sumarles los que se

mueren naturalmente. Así que deben ir a buscarlos a sus lugares de origen, y eso es muy costoso, pues no viven a la vuelta de la esquina precisamente —dijo el joven para concluir.

—Bien —dijo la señora, francamente admirada de la erudición demostrada por su hijo—, ya le decía a tu padre, cuando decidimos enviarte a esa escuela, que era de las mejores. Y bien vale lo que cuesta. Cuando se lo cuente a papá —exclamó orgullosa.

—Bueno, mami, ya nos encontramos sobre la hora de cierre y también me ha dado un hambre espantosa. Es posible que este espectáculo lo haya provocado, ¿no? —exclamó con un poco de sorna. ¿Qué te parece si me compras algo rico en alguno de los puestos?

—Vamos, hijo —dijo ella, tomando con delicadeza a su hijo por uno de los brazos. Creo que por hoy ha sido suficiente. A mí me ha sucedido exactamente lo contrario. ¡No sé cuándo regresará mi apetito! De todas formas te compraré las crías que quieras... ¡oh!, perdón. ¿Qué estoy diciendo? —dijo la mujer poniéndose colorada. Es que esto último me ha dejado impresionada. Este zoo espacial será muy lindo, pero hay costumbres que francamente no las entiendo. ¿Qué querés que te diga? —concluyó, mientras observaba a un grupo de trabajadores de uniforme azul, tratando de instalar un cartel a la entrada del recinto donde se encontraban.

—Bonita, ¿no? —la repentina observación de su compañero pareció sacarlo del ensimismamiento en que parecía haber caído. El sujeto se había quedado mirando extasiado la salida de una pareja, que parecía ser de las últimas en retirarse. Una madre y, seguramente, su hijo. Pero ¡qué hembra! —exclamó con admiración. De las más bonitas que había visto jamás.

—Toda una beldad, pero del tipo que nunca se fijaría en uno como nosotros. ¿Viste las joyas que traía puestas? —observó su socio, mientras lo golpeaba afectuosamente en la espalda.

—¿Qué tiene de malo ser un guardián de parque? ¿Acaso no ganamos fortunas? —remató socarronamente el soñador. ¿Qué te parece si le echamos una mano a esos operarios para que terminen de una buena vez con ese trabajo? No me gusta tener que quedarme después de hora —dijo, mientras se dirigía hacia el lugar donde algunos sujetos trataban de fijar un enorme cartel en lo alto de una explanada.

Con la ayuda prestada por los colaboradores guardias, el pesado letrero pronto quedó instalado sobre los sólidos soportes que habían erigido para sostenerlo.

—Nunca más volverá a caerse —dijo satisfecho el que parecía ser el capataz, una vez que colocaron el anuncio. Se veía imponente, a un costado de la entrada principal:

Sector: AB

Especie: Humanum Terranum

Origen: Planeta Tierra

Ubicación: Vía Láctea

Alimentación: Carnívora

Advertencia: Las escenas que puedan observarse en este grupo de especies pueden causar trastornos a las personas impresionables. La empresa no se hace responsable por los daños que los mismos pudieran ocasionar.

GRACIAS POR SU VISITA

Estaba oscureciendo. El frío y el viento de la temporada invernal comenzaban a hacerse notar. Muy abajo, la fiesta de los terranum parecía continuar, a juzgar por las hogueras que tenuemente se divisaban a lo lejos.

Tomado de <https://goo.gl/LF2dLD> (05/03/2018)

**Alberto Zarza.** Escritor argentino de relatos de ciencia ficción.

## El eclipse

Augusto Monterroso

Cuando fray Bartolomé Arrazola se sintió perdido aceptó que ya nada podría salvarlo. La selva poderosa de Guatemala lo había apresado, implacable y definitiva. Ante su ignorancia topográfica se sentó con tranquilidad a esperar la muerte. Quiso morir allí, sin ninguna esperanza, aislado, con el pensamiento fijo en la España distante, particularmente en el convento de los Abrojos, donde Carlos Quinto condescendiera una vez a bajar de su eminencia para decirle que confiaba en el celo religioso de su labor redentora.

Al despertar se encontró rodeado por un grupo de indígenas de rostro impasible que se disponían a sacrificarlo ante un altar, un altar que a Bartolomé le pareció como el lecho en que descansaría, al fin, de sus temores, de su destino, de sí mismo. Tres años en el país le habían conferido un mediano dominio de las lenguas nativas. Intentó algo. Dijo algunas palabras que fueron comprendidas.

Entonces floreció en él una idea que tuvo por digna de su talento y de su cultura universal y de su arduo conocimiento de Aristóteles. Recordó que para ese día se esperaba un eclipse total de sol. Y dispuso, en lo más íntimo, valerse de aquel conocimiento para engañar a sus opresores y salvar la vida.

—Si me matáis —les dijo— puedo hacer que el sol se oscurezca en su altura.

Los indígenas lo miraron fijamente y Bartolomé sorprendió la incredulidad en sus ojos. Vio que se produjo un pequeño consejo, y esperó confiado, no sin cierto desdén.

Dos horas después el corazón de fray Bartolomé Arrazola chorreaba su sangre vehemente sobre la piedra de los sacrificios (brillante bajo la opaca luz de un sol eclipsado), mientras uno de los indígenas recitaba sin ninguna inflexión de voz, sin prisa, una por una, las infinitas fechas en que se producirían eclipses solares y lunares, que los astrónomos de la comunidad maya habían previsto y anotado en sus códices sin la valiosa ayuda de Aristóteles.

Tomado de <https://goo.gl/TMsHca> (02/03/2018)

**Augusto Monterroso** (1921-2003). Escritor hondureño nacionalizado guatemalteco. Su obra se caracteriza sobre todo por la concisión y el humor, como se puede apreciar en su libro *La oveja negra y demás fábulas*.

## La tormenta (fragmento)

Andrés Díaz Marrero

Con puño cerrado, el viento,  
furioso al techo golpea.  
Cae imponente la lluvia,  
aúlla feroz la tormenta.  
Árboles desgaja en ristras,  
rompe techos y cumbreras...

—Calma, nada hay que temer;  
calma —nos pide la abuela,  
con voz sosegada añade:  
—No hay que temer a la lluvia  
ni al mar que ruga en la arena  
ni al relámpago que alumbraba  
ni al trueno cuando revienta,  
que en la vida todo pasa  
aun lo que está escrito en piedra.

Todo es cambio: luz y sombra  
son apenas una estela  
que Dios, en el firmamento,  
traza con mano serena.  
Mañana cuando la aurora  
cubra las hojas de perlas  
y las montañas y mares  
sientan del sol la tibieza,  
comenzaremos de nuevo  
la interrumpida faena.

Tomado de <https://goo.gl/ekQ2Bn> (19/03/2018)

**Andrés Díaz Marrero** (1940). Escritor puertorriqueño de literatura infantil y juvenil.  
Entre sus obras publicadas se encuentran *Coquilín ayuda a sus amigos* y *Poemas*.



## El maltratado

### Wimpi

Licinio Arboleya estaba de mensual en las casas del viejo Crispulo Menchaca. Y tanto para un fregado como para un barrido. Diez pesos por mes y mantenido. Pero la manutención era, por semana, seis marlos y dos galletas. Los días de fiesta patria le daban el choclo sin usar y medio chorizo. Y tenía que acarrear agua, ordeñar, bañar ovejas, envenenar cueros, cortar leña, matar comadreas, hacer las camas, darles de comer a los chanchos, carnear y otro mundo de cosas.

Un día Licinio se encontró con el callejón de los Lópeces con Estefanía Arguña, y se le quejó del maltrato que el viejo Crispulo le daba. Entonces, Estefanía le dijo:

—¿Y qué hacés que no lo plantás? Si te trata así, plantalo. Yo que vos, lo plantaba...

Esa tarde, no bien estuvo de vuelta en las casas, Licinio —animado por el consejo— agarró una pala, hizo un pozo, plantó al viejo, le puso una estaca al lado, lo ató para que quedara derecho y lo regó.

A la mañana siguiente, cuando fue a verlo, se lo habían comido las hormigas.

Tomado de <https://goo.gl/2SxPCu> (19/03/2018)

**Arthur García Núñez, Wimpi** (1906-1956). Escritor y periodista humorístico uruguayo. Ha publicado *Los cuentos de Claudio Machín*, *El gusano loco*, *Los cuentos del viejo Varela*, *Ventana a la calle*, *Viaje alrededor del sofá*, entre otras obras.

## Los colores del maíz (fragmento)

María Eugenia Paz y Miño

Amaru esperaba con ansias el día de la cosecha de maíz. Ya había ayudado a sus padres a preparar la tierra, a seleccionar los mejores granos, a deshierbar, a aporcar. Como él siempre jugaba cerca de la chacra, su mamá le había encomendado ahuyentar al gusano comilón si lo veía acercarse, pues este era un peligro para las pequeñas mazorcas que crecían cobijadas por el sol y por la lluvia.

Todo iba bien hasta que Amaru y su familia debieron ausentarse por unos días. De regreso a casa, el niño fue a inspeccionar el maizal y cuál no fue su sorpresa cuando, al revisar las mazorcas, notó que los granos habían cambiado de color. “Esto debe ser obra del gusano comilón”, pensó y corrió a llamar a su mamá.

—¡Mamá, mamá!, ¡el gusano comilón está acabando con el maizal!  
—repetía Amaru con voz de susto. La señora salió a ver y el niño le enseñó las mazorcas de colores.

—Hijito —le dijo—, las mazorcas están bien. Esos son los colores del maíz.

—Pero mamá, yo vi que sembramos solo semillas amarillas, ¿por qué ahora hay mazorcas con granos también rojos, blancos y negros?

—El maíz es como la gente querido Amaru —explicó ella mientras acariciaba con dulzura el cabello del pequeño. Aunque todos tenemos un mismo origen, nuestra apariencia externa es diferente, somos de diversos colores al igual que el maíz.

**María Eugenia Paz y Miño** (1959). Escritora, ensayista y antropóloga ecuatoriana. Ha publicado *Siempre nunca*, *Golpe a golpe*, *El uso de la nada*, *Tras la niebla*, entre otras obras.



